

Los títeres entran a la sesión de Arteterapia

Tienen acta de nacimiento en múltiples confines y épocas. Desde Egipto hasta Roma, desde China hasta Grecia, fueron procreados por la imaginación y el invento. Vástagos viajeros, fueron tomando las costumbres de las regiones que habitaron. Y así, se llamaron Punch en Londres, Guignol en Lyon y Kasperek en Praga.

Al día de hoy, existen varios museos de títeres en todo el mundo, siendo el más grande el TOPIC: Centro Internacional del Títere de Tolosa, inaugurado en el año 2009. Además de funcionar como museo, cuenta con un centro de documentación, archivo y mediateca digitalizados.

Como en las grandes familias, los personajes son diversos. Hay lugar para el rey y la reina, el anciano sabio, el niño y la novia. Tampoco han de faltar el payaso, el brujo, el monstruo y el que tiene dos caras.

Tal vez la vertiente más conocida del títere sea esa que, retablo de por medio, juega una obra de teatro para niños. Terminada la función, los niños a su casa y los títeres al baúl.

Sin embargo, aún es poco conocida y no muy explorada una de sus virtudes más admirables: su potencial terapéutico. Sí, la que anida en el caudal proyectivo que como un imán es atraído por quien se anima a colocarlo en su mano, encuadre apropiado mediante. No exclusivamente con niños – para quienes es un objeto tan usual como los juegos o los dibujos – sino con los adultos.

Se les insufla vida y hablan por quién los pone a hablar. En el trabajo clínico con grupos facilita la dinámica gracias a la inmediatez y la espontaneidad con que aparecen en escena. Saben propiciar la evocación de situaciones determinadas en las que cada participante se verá implicado. La interacción que se produce como si fuera un juego imprevisto, los diálogos, la fantasía y el arribo de (y a) un personaje: todos darán cuenta de las propias subjetividades. Su presencia facilita que los pacientes puedan apelar a ellos en cualquier momento para expresar abiertamente temas difíciles de abordar (el miedo a la muerte, la sexualidad, eventos traumáticos, etc.), y observar lo que han proyectado



en ellos prácticamente sin la necesidad de que el terapeuta realice interpretaciones y señalamientos.

La técnica del títere se presta para el trabajo clínico fácilmente ya que es poco controlable para el paciente en términos de resistencia: el material que aflora emerge casi sin distorsiones. Es usual que al verlo reconozca rápidamente algo propio, de lo que ahora se apropia el títere. Carga características determinadas con las que se identifica y le consiente investigar ciertos rasgos que ese personaje le ofrece.

La confección de un títere propio permite la proyección de gran cantidad de aspectos que recaerán sobre ese personaje: género, nombre, edad, origen, personalidad, familia, deseos, historia, etc. Pero el títere no nos muestra solamente cómo su creador se visualiza a sí mismo, sino además a sus conflictos y a sus figuras significativas. Cuando los dejamos interactuar, nos hablan del modo en que establece sus vínculos.

Una vez fabricado o elegido el títere, la invitación a una dramatización se hace inevitable. La voz y los movimientos del cuerpo de cada “actor” dirán muchas cosas en un silencio cómplice. Y la sugerencia de hacerlos partícipes de los temas comprometidos, pueden transportar a todos a la región más rica, más valiosa de estos aliados del terapeuta.

Lo que los títeres representan, puede ser leído como una formación del inconsciente. Sin embargo, el material se presenta tan claramente que el mismo paciente puede participar en la dirección del trabajo terapéutico, saliendo de su tradicional lugar pasivo de las psicoterapias tradicionales.

Tanto el nombre que se le adjudica al títere como la construcción de situaciones permite poner en palabras, y simbolizar lo que previamente este objeto intermediario expresó sin palabras. Esto da cuenta de que trabajamos con un lenguaje más amplio, vasto y rico que el lenguaje verbal: el arte, que sin dudas es lenguaje.

Martha Y. Fernández, en su pequeño y maravilloso libro “Títeres en la clínica o el regreso de la Preciosa” (Editorial Lugar, Bs. As., 1995) se vale de los aportes de Winnicott para fundamentar: “La función de mediador y facilitador que cumple el títere hace que produzca efectos por más breve y sencilla que sea su utilización. Se trata de una zona intermedia entre lo subjetivo y lo percibido en forma objetiva, ofrece un espacio de descanso,



un lugar donde la realidad puede ser la realidad psíquica y la fantasía adquiere valor. Se afloja la tensión entre la realidad interna y la externa. En la adultez, esta zona intermedia se vehiculiza principalmente a través de las diversas actividades artísticas. Es así que el títere puede describirse como este objeto encontrado / construido, ubicado en el lugar intermedio entre la realidad exterior y la realidad psíquica, mediador del vínculo. En tanto que puede instalar el espacio de la fantasía, permite acceder a la realidad exterior de modo menos abrupto y articula en un campo de posibilidad, lo interno y lo externo”.

¿Para qué son tan útiles en terapia?

Además de las bondades de las técnicas artístico-expresivas, los títeres suman otras virtudes debidas a su analogía con el ser humano mediadas por el volumen (tridimensional), la representación del cuerpo humano, la puesta en juego de la voz (propia de cada personaje y distorsionada por quien modula) y el movimiento. Así también, invitan al despliegue de determinada personalidad, verbalización de sus deseos, interacción con otros roles, patrones vinculares, frustraciones y demás vivencias vitales. Todas estas vicisitudes, que aparecen por proyección inmediata, vivida con espontaneidad y libertad, ponen en evidencia ante quien los oye: escucharse a sí mismo hablar. Es a través de un objeto, que sorprende y trae esa clase de certeza acerca de sí mismo que es ineludible (como dicen los pacientes en sus diversos modos) “no puedo negar que el títere dijo/hizo algo de lo cual soy responsable”.

Los roles de los títeres recrean en quien los ve (y aún más importante: en quien los utiliza en el modo en el que aquí abordamos) las respectivas identificaciones que invitan, a través de la vestimenta, la expresión del rostro (emocionalidad), actitud corporal, y objetos que portan (el cetro de un rey, el bastón de un anciano, la varita mágica de un mago) la propia vida, el propio modo de andar en ella. De manera que esta misma funcionalidad es útil para hacer ejecutar a sus representados, los modos posibles detrás de los cuales vamos al dirigirnos con los pacientes hacia los cambios de actitudes, pensamientos y posicionamientos necesarios para que la terapia resulte eficaz.

Propiciar la expresión mediante esta técnica produce efectos por sí mismos en los pacientes –en los diversos dispositivos- cumpliendo el



propósito de proveer un canal para la manifestación de lo que requiere revelación y aún no ha encontrado la vía posible.

De eso se trata en gran medida la esencia del trabajo con Arteterapia; facilitar la expresión simbólica más allá de las posibilidades y/o limitaciones de las palabras.

Judith Miriam Mendelson

Directora de **CentrArT**

Centro de Arteterapia y
prácticas de transformación

